

IV Jornadas de Jóvenes Investigadores

(Eje analítico-problemático: N° 9 - *Teorías, epistemologías y metodologías*)

Lic. Alejandro D. Hener¹

Becario UBACyT – Instituto Gino Germani, UBA.
e-mail: alehener@yahoo.com.ar

“Sobre la clase media - desde la clase media: dualidades entre los términos teóricos y el lenguaje de los actores”

Introducción

La noción de “Clase Media” ha ocupado un lugar singular desde los primeros desarrollos teóricos y empíricos de la sociología local. Por un lado, diversos procesos históricos como ser los masivos flujos inmigratorios, la apertura progresiva del sufragio y más tarde la conformación de un modelo de desarrollo proto-industrial en la Argentina, instaló la necesidad de dar cuenta de una creciente porción de la población que parecía ocupar el lugar de variable independiente para la explicación de múltiples fenómenos políticos, sociales y económicos locales. Por otro lado, este particular segmento poblacional, esta cada vez más abarcativa “clase media”, presentó desde el principio sensibles dificultades para su definición tanto teórica como operacional. Quizás esta última dimensión haya sido la que más debates propició, concentrando así las discusiones en la definición de las variables que se debían considerar a fin de “captar” a la clase media, sin cuestionar demasiado las condiciones ontológicas de realidad que podía presentar este agrupamiento.

El paso a un escenario de reflexión e investigación sociológica postempirista posibilitó un nuevo acercamiento a los objetos de la ciencia social desde una visión más amplia pero también más compleja. En las últimas décadas, dado que la estratificación social en la Argentina también ha demostrado complejos procesos de heterogeneización y polarización de los otrora limitados agrupamientos estadísticos, la legitimidad de la noción de clase media (e incluso la de clase social misma) se ha visto fuertemente cuestionada.

Así, desde un punto de vista epistemológico -y consecuentemente metodológico- se suelen plantear las fuertes limitaciones que puede presentar el uso de la categoría “clase media” para la construcción de un objeto de investigación. Estas limitaciones estarían dadas por múltiples razones: el amplio abanico de sectores que podrían hoy ser incluidos dentro de ella; la dificultad

¹ Este trabajo se desarrolla en el marco del proyecto UBACyT (S065) titulado: “Tres dimensiones para el estudio del fenómeno migratorio en el Mercosur: políticas estatales, actores sociales y experiencias individuales”, dirigido por la

para establecer las variables que permitan segmentar y diferenciar a la clase media frente a otras clases sociales; el continuo, difuso y cambiante uso que le dan los propios actores sociales a la categoría, etc. Dadas estas limitaciones, *¿hasta que punto sigue siendo lícito y epistemológicamente viable plantear una investigación cuyo objeto está definido por la Clase Media?* Esta pregunta, fundamental para establecer la legitimidad del trabajo de tesis que pretendemos realizar, guiará el presente desarrollo.

Sobre teorías y términos teóricos

La categoría “Clase Media” constituye, antes que nada, un *término teórico*. Esto es, un término que *no* hace referencia a una entidad directa o indirectamente observable (Schuster, 1990), y que a pesar de ello suele formar parte fundamental de las teorías científicas.

Klimovsky clasifica los enunciados en tres niveles dada una graduación que va de la empiria a la máxima abstracción: 1) un nivel uno referido a entidades directamente observables; 2) un nivel dos compuesto por generalizaciones empíricas, que sólo serán posibles de establecer a partir de leyes de nivel tres (3) que son aquellas que comprenden términos teóricos (2001: 122). Los términos teóricos permiten, entonces, elevar el nivel de abstracción del sistema de hipótesis que constituye una teoría, posibilitando así la formulación de enunciados generalizables.

Sin embargo, el carácter inobservable del término teórico -junto con su utilidad y función al interior de una teoría- ha sido sometido a cuestionamiento desde diversas corrientes. La bibliografía revisada converge en la caracterización de las siguientes posiciones epistemológicas:

Una postura que se puede asumir está centrada en el empirismo y el positivismo, es el “*Descriptivismo*” (Schuster, 1990: 30). Desde esta perspectiva, cualquier término teórico debería cumplir con la condición de ser “traducible” a condiciones o hechos directamente observables a fin de mantener su carácter de científicidad. En otras palabras, los términos teóricos no estarían describiendo entidades singulares sino que constituirían en última instancia formas abreviadas de términos empíricos complejos, a los cuales es posible reducirlos o traducirlos a fin de ser contrastados mediante la observación.

En esta misma línea, Klimovsky describe el *Constructivismo* o *Empirismo radical*, que exige de los términos teóricos la posibilidad de ser definidos explícitamente o de manera contextual eliminable a partir de términos empíricos (2001:127). El autor cita también al *Operacionalismo* que, posicionado también en una visión empirista, conlleva un grado de

especificación mayor en cuanto a la forma en que un término teórico debe ser traducible a sus manifestaciones observables. Esta forma consiste en introducir una *operación* –estímulo que debe generar determinada respuesta- que permite hacer manifiesta cierta condición observable del enunciado, elemento, situación, actor, etc. y que en última instancia permitirá establecer la definición operacional del término aludido (2001: 130).

De una forma u otra, lo que prima en estas miradas es una alta exigencia de verificabilidad de los enunciados fundamentada por el positivismo lógico, de manera que sólo aquellos que puedan ser sometidos a contrastación empírica (en forma directa o bien por procedimientos lógicos) mantienen su rango de cientificidad y evitan ser desterrados al terreno de la metafísica o de los “pseudo-enunciados” (Schuster, 1990: 31).

Al establecer el requisito de traducción ya sea directa o indirecta estas perspectivas pecan del error insistentemente cometido por el positivismo: su aspiración al monismo metodológico. Debemos tener en cuenta que las propias ciencias naturales han avanzado en función de los términos teóricos, pero el lugar que ocupan éstos al interior de las Ciencias Sociales resulta fundamental. En ellas mucho más que en las ciencias duras, existe una relación de continuidad y de dialéctica no solo entre enunciados inobservables y observables sino entre términos teóricos y el lenguaje ordinario (De la Garza Toledo, 2001: 8).

Por otro lado, la búsqueda de traducción para los términos teóricos se enfrenta a la situación paradójica señalada por Hempel: si los enunciados no observables deben ser inevitablemente expresados a través de términos observables, la existencia misma de los términos teóricos deja de tener sentido. (Schuster, 1990; Klimovsky, 2001).

Entre los desarrollos que son, entendemos, más afines a los objetos de estudio de las ciencias sociales se encuentran el *Realismo*, para el cual los términos teóricos hacen referencia a objetos efectivamente existentes aunque carezcan de la posibilidad de ser observados (ya sea en forma directa o indirecta). En este caso la validez de una teoría va a estar dada no por el recurso a regla de traducción alguna sino por un criterio de carácter pragmático: en la medida en que las teorías sigan demostrando poder descriptivo o explicativo se minimiza la exigencia de verificabilidad.

El sostenimiento de un término teórico en función de su eficacia también es defendido por el *Instrumentalismo*. Éste asume que estos términos carecen de referencia por si mismos dado que son meros instrumentos lingüísticos, nexos o conectores lógicos que sirven para establecer conexiones entre enunciados de contenido empírico (Schuster, 2002: 40).

En definitiva, la diferencia entre estas dos perspectivas remite a su concepción semántica: para un realista el término teórico existe por más que haya que resignarse a nunca contrastar esta existencia en forma directa.

Klimovsky (op.cit.) observa que la visión *realista* ha demostrado gran utilidad para las ciencias duras, dado que impone la necesidad de avanzar en la investigación, bajo el impulso de cierto “optimismo” apoyado en la certeza de que los enunciados teóricos podrán -desarrollo de las ciencias mediante- ir mostrando su verificabilidad. En este sentido, entendemos que el *instrumentalismo* resultaría funcional a las ciencias Sociales, dado los términos teóricos que refieren a entidades sociales (como clase, poder, acción social, etc.) son, sin dudarlo, enunciados definitivamente inobservables, y su condición de realidad no está dada por la potencialidad de observarlos algún día sino por: a) la utilidad instrumental de su uso y b) la dinámica de lo que Giddens ha denominado la “doble hermenéutica”, es decir de enunciados utilizados por los propios sujetos sociales y de los que la ciencia social debe dar cuenta de su existencia, posibilitando una ida y vuelta que permite la reflexividad de una sociedad y, por ende, el cambio social. Esta dinámica resulta bastante clara en el caso que nos ocupa –la categoría “clase media”- por lo que volveremos a ella más adelante.

Una última perspectiva, más contemporánea, es la “*Concepción Estructural de las teorías*” (Para Klimovsky “*Estructuralismo*”) que comprende a autores como Sneed, Putnam, Moullines, Suppes. Esta visión relativiza la distinción teórico-observacional en función de la teoría en la que el enunciado está inscripto (Schuster, 1990). Se rechaza así “la igualdad entre teórico e inobservable y de observable con no teórico, se habla de niveles de observación y que entre observables e inobservables no habría segmentación sino intercambios y transformaciones (De la Garza Toledo, 2001: 7). De esta manera, una teoría ya no es un *conjunto de enunciados* sino una *estructura enunciativa*.

Partiendo de la concepción holista de Kuhn, esta idea de estructura se opondría a la distinción de los tres niveles de enunciados que citábamos arriba, en la cual cada enunciado se podía poner a prueba en forma independiente de los demás. Para la concepción estructural en cambio, lo que se pone a prueba es toda la teoría y no cada uno de los términos que la componen, cuyo significado no es independiente de los demás y puede variar en función de la conexión con el resto de los enunciados de la teoría.

Tratándose de estructuras enunciativas, se da la posibilidad de que un mismo término teórico posea significados distintos -y por qué no, incluso opuestos- en el contexto de cuerpos teóricos diversos. Se verificaría así lo que Klimovsky denomina “inconmensurabilidad de las

teorías y los paradigmas” (2001: 144), cuya consecuencia primera sería la imposibilidad de comunicarse entre sujetos que estén pensando en un término a partir de teorías diferentes. Sin embargo, entendemos que la existencia de dos o más teorías (o discursos) que utilizan un mismo término teórico pueden, sino complementarse en la definición del mismo, “competir” por la imposición de su significado. Ello no constituye ninguna novedad, ya hace muchas décadas Voloshinov ha observado las dinámicas de lucha por el sentido y los denominados *estudios culturales* se han desarrollado a partir de esta noción.

Por otro lado y en lo que respecta al tema que nos ocupa en este trabajo, si asumiéramos la “inconmensurabilidad” entre el término “clase media” tal como es utilizado en el lenguaje del sentido común frente a las definiciones -por cierto, necesariamente más estrictas- que brindan las ciencias sociales, perderíamos de vista el análisis de las complejas relaciones que se establecen entre estos diferentes campos semánticos. Una vez más, este factor puede tener una importancia media para las ciencias “duras”, pero para las ciencias sociales constituye una circunstancia crucial, que posibilita problematizar hermenéuticamente el juego de idas y vueltas en la asignación de sentido del término clase media.

La recuperación de la visión hermenéutica y su aplicación al análisis social post-giro lingüístico problematiza aún más el debate sobre los términos teóricos, cuestionando la idea de dato como algo dado e introduciendo el problema del significado del dato, tanto del lado del que investiga como del investigado (De la Garza Toledo, 2001: 8).

Giro lingüístico: de las palabras y las clases

La corriente hermenéutica se enmarca en el denominado “giro lingüístico”, que sin constituir una escuela con límites precisos, describe un escenario de pensamiento en el que el estatuto ontológico de la realidad social pasa a ser entendido como necesariamente enmarcado en un universo simbólico, “*entonces había que entender las prácticas y las instituciones desde una perspectiva lingüística. El entramado que conformaban las acciones de los hombres, sus relaciones entre sí y con el mundo exterior, estaba constituido por palabras y no cabía duda alguna de que la significatividad de las mismas habilitaba la apertura de una vía de acceso diferente de la propuesta por la versión empirista de las ciencias sociales*” (Lulo, 2002: 179).

Superando el contexto ortodoxo-empirista que perseguía una mirada pretendidamente objetiva sobre el hecho social, la hermenéutica remite a la necesidad epistemológica de las ciencias sociales de reorientar su mirada hacia el objeto como un *objeto textual*, construido por y para el lenguaje, y no como un hecho social ontológicamente desligado del observador. El

lenguaje es socialmente significativo, constituye el “horizonte último de la inteligibilidad de los procesos históricos y sociales” (Lulo, 2002: 83). Entender la matriz de la comprensión como una matriz lingüística permite superar numerosos problemas y equívocos respecto a la naturaleza de las ciencias sociales, la relación que mantienen con sus objetos de estudio y consecuentemente las estrategias metodológicas posibles de ser asumidas.

En términos quizás extremos, el giro lingüístico establecía que “el mundo no es sino a través del lenguaje”. Chartier critica esta posición “que considera que no existen más que los juegos del lenguaje y que no hay realidad fuera de los discursos” (1996: 7). Entendemos que esta crítica seguiría una línea más cercana al realismo o al instrumentalismo, al asumir que la realidad posee cierta sustantividad más allá de cómo se la interprete desde la teoría, más allá del constructivismo lingüístico.

Tal como describíamos en el apartado anterior, el empirismo pone en duda el rango de cientificidad de los términos teóricos dada la imposibilidad de contrastarlos mediante la observación. Ahora bien, la hermenéutica redefine el problema describiendo un proceso de interpretación que va del *sujeto* al *objeto textual*, aunque ello no implica que no haya distancia entre ambas instancias; “la realidad social es a la vez material y lingüística (...) teoría y realidad están ambas lingüísticamente conformadas. Claro que la realidad social no se explica comprendiendo únicamente el mundo lingüístico de los actores. Por eso la escisión perdura” (Schuster, 1990: 33). Es justamente ésta escisión sobre la que insiste Chartier, planteando la irreductibilidad de las prácticas a los discursos que las justifican. Pero ello no implica desconocer la importancia fundamental que tiene el lenguaje como matriz en la que se inscribe la comprensión.

El lenguaje en sí ya supone una matriz de interpretación. Foucault logra demostrar esto con gran claridad en el prólogo de su obra *Las Palabras y las Cosas* la cual, dice, había nacido a partir de una taxinomia elaborada por Borges, proveniente de una imaginaria enciclopedia china (en “El idioma analítico de John Wilkins”) (Foucault, 1986: 1). En ésta, se pone en evidencia que la interpretación se inserta en una matriz que implica un corte del mundo. A partir del “caos” del mundo la interpretación del hombre asigna un ordenamiento cuya herramienta pero también cuyos límites están constituidos por el lenguaje. Si la enumeración de la “enciclopedia china” logra esta evidencia es justamente porque hace visibles las rupturas, discontinuidades y contradicciones propias de la realidad que una formación discursiva homogeneiza, esconde, disimula.² La

² Es importante aclarar que si consideramos las nociones foucaultianas de discontinuidad y ruptura de una formación discursiva aplicadas a nuestro problema, descontextualizamos en parte el esquema teórico desarrollado por el autor francés. Foucault apeló a la desnaturalización de las grandes continuidades discursivas como estrategia

taxinomia muestra el límite de nuestro pensamiento, lo que “se nos muestra como encanto exótico de otro pensamiento, es el límite del nuestro: la imposibilidad de pensar *esto*” (Foucault, 1986: 1). Es una clasificación que rompe la “sintaxis” que hace mantenerse juntas a las palabras y las cosas.

Estas reflexiones epistemológicas impactan, obviamente, en consideraciones metodológicas. Así, el “método arqueológico” foucaultiano buscará determinar como las reglas de formación de las que depende una práctica discursiva pueden estar vinculadas a sistemas no discursivos.

Schuster observa acerca de la compleja relación entre los “términos teóricos” y la “realidad” (1990). Desde Foucault, se cuestiona justamente a la “realidad” cuando se replantea la relación entre prácticas discursivas y no discursivas: “se anula la división (...) entre, por un lado, lo vivido, las instituciones, las relaciones de dominación y, por otro, los textos, las representaciones, las construcciones intelectuales. Lo real no pesa más de un lado que del otro: todos estos elementos constituyen «fragmentos de la realidad»” (Chartier, 1996: 32).

Aplicando esta idea al problema que nos ocupa, la “realidad” (y a partir de ella, la verificabilidad, la utilidad, dimensión observable) de la noción de Clase Media también está compuesta por distintos “fragmentos” quizás distintos e incluso contradictorios entre sí. Así, los dos discursos fundamentales que aportan a la significatividad del término “clase media” son indudablemente el de las ciencias sociales por un lado, y el del sentido común de los actores por el otro.

Una vez más, será la visión hermenéutica la que nos permita evaluar las consecuencias de esta dualidad presente en este término teórico. Considerando el carácter simbólico de la vida humana y el hecho de que los sujetos se autointerpretan en su vida cotidiana, esta interpretación, lejos de ofrecer un obstáculo para el análisis social, es la que interesará a las ciencias sociales (Lulo, 2002: 178).

Giddens ha denominado a esta dinámica *doble hermenéutica*: “El discurso de la sociología, y los conceptos, teorías y resultados de las otras ciencias sociales, circulan continuamente ‘entrando y saliendo’ de lo que representan en sí mismos y, al hacer esto, reflexivamente reestructuran al sujeto de sus análisis, que a su vez ha aprendido a pensar sociológicamente” (Giddens citado por Ortiz Palacios, 1999: 73). Y esta capacidad de reflexividad de los agentes,

particularmente aplicable al análisis historiográfico. Si bien nuestro objeto de estudio posee importantes elementos a ser analizados desde su propia historización, pretendemos recurrir a las rupturas epistemológicas descritas por Foucault para problematizar la categoría de clase media en tanto término instituido y a la vez instituyente de prácticas sociales.

propia de la conducta social humana, se logra a través de la mediación del carácter social del lenguaje.

Sin embargo, en esta entrada y salida de los conceptos, entendemos que Giddens no acentúa lo suficiente la importancia de la “vuelta” que se da desde el sentido común hacia lenguaje sociológico. Esta dimensión plantea un problema más metodológico que teórico-epistemológico. Si asumimos este “salir” hacia el discurso científico como la forma en que la investigación social se hace eco de las interpretaciones que los propios actores realizan de su acción, las diversas formas de “captar” estas interpretaciones, de hacer que el objeto de estudio “hable” pero también de comprender e interpretar este “hablar”, adquiere una importancia crucial. La aceptación de la existencia de una “doble hermenéutica” en nuestro análisis debería servir no sólo para relativizar la pretendida objetividad del discurso científico sino también para revalorizar los elementos de autoreflexividad que se extraen del discurso lego.

Así, frente al modelo de las ciencias naturales, en las que el lenguaje científico busca, adrede, “cerrarse” en si mismo como forma de asegurar su verificabilidad, en las ciencias sociales el hecho de que un término teórico coincida con -o provenga de, o influya en- una categoría utilizada en el lenguaje cotidiano de los sujetos, no solo no es una situación problemática sino que puede ser productiva para el desarrollo de estas ciencias, dado que forma parte de su misma estructura el modificar y ser modificada por la realidad social.

Clases de clase media

Cuando se ataca el uso de la categoría clase media, se lo hace aduciendo que la misma no constituiría un objeto de estudio real, con límites concretos, en palabras simples: que la clase media, como tal, no existe. Su existencia como término estaría dada entonces, como construcción estratégica de ciertos discursos que buscan apelar a cierta porción de la población agrupándolos bajo cierta denominación. Sin embargo, bajo nuestra perspectiva, es justamente esta construcción la que le otorga entidad al término Clase Media, y por tanto la que las ciencias sociales se tienen que ocupar de investigar. Es la necesidad de recurrir a un concepto que opera performativamente sobre las relaciones y prácticas sociales, lo que justifica su existencia como término teórico.

Si desde la visión hermenéutica y tal como observa Lulo “no hay un objeto estable que repose en si mismo al cual dirigirse, sólo hay un devenir en el que está inscripta, incluso, la propia investigación histórica” (2002: 187), este objeto inestable que se denomina clase media ofrece fisuras, rupturas y contradicciones en su significado que sin embargo coadyuvan en la persistencia de su uso (cotidiano pero también científico). Las múltiples definiciones operativas, la

identificación positiva o la despectiva, las luchas por la imposición de su sentido, la utilización como herramienta de captación electoral o bien como herramienta de identificación para la lucha política (por ejemplo en los “cacerolazos” del 2001), son a todas luces dimensiones, “fragmentos” que mantienen vigente la apelación al término clase media.

Estos fragmentos también operan en forma diacrónica, en el devenir de una categoría que se inscribe en la *dimensión histórica* de la misma. La historicidad del término clase media se refleja en el recorrido que hace como supuesta variable independiente de procesos de cambio social, o por el contrario de situaciones de reproducción del status quo. Y estas diferentes potencialidades que le son atribuidas a la clase media, también se presentan en forma indistinta tanto en el discurso lego como en el científico. Por ejemplo, la capacidad de motorizar el desarrollo en los '50 -estudiada por autores como Graciarena o Germani- ; la oposición (aunque sea sólo simbólica) a la tendencia populista de los gobiernos de Perón; el posicionamiento contradictorio frente al régimen dictatorial, engrosando por un lado las filas de los movimientos armados y apoyando por el otro en mayor o menor grado el particular “orden” logrado vía terrorismo de estado; la potencialidad “revolucionaria” de las asambleas de vecinos formadas inmediatamente después de los sucesos de diciembre de 2001, etc.

Ante esta enumeración de momentos históricos, se podría aducir que se trata de diferentes *sectores* pertenecientes a la *clase media*, y probablemente sea así. Pero lo que creemos importante rescatar es la *capacidad* polisémica del término, o sea el hecho de que en todos los casos el *significante* clase media parece condensar cierta capacidad interpretativa de fenómenos históricos quizás bastante diferentes. Así, de la Garza Toledo observa que “en el engarce actual de la hermenéutica con las teorías del discurso, la relación entre significado y significante no puede ser simplemente entre lo real y su símbolo, sino que el significado sería fijado socialmente e implicaría consensos, imposiciones y poder” (2001: 9).

Quizás sirva para alumbrar este hecho, la tesis planteada por Hesse y citada por Schuster (2002: 50) de *subdeterminación de las teorías por los datos*. Dado un escenario postempirista pero también “post giro lingüístico”, los datos siempre se resisten a una teoría que los abarque y explique en forma total. De manera que no se puede plantear que la realidad determine en forma estricta y unívoca a las teorías (y a los términos teóricos), pero tampoco que la separación entre realidad y lenguaje permita establecer cualquier teoría más allá de las manifestaciones empíricas. La *subdeterminación* ofrecería un modelo más equilibrado con el que, entendemos, se podría establecer cierta continuidad con la descripción foucaultiana de *formación discursiva*. Al asumir

que los datos subdeterminan a las teorías se comprenden mejor las discontinuidades, rupturas y contradicciones que para el autor francés forman parte de un cuerpo de enunciados.

A modo de conclusión

El hecho de que se pueda plantear la posibilidad de que una categoría compartida entre el lenguaje científico y el lenguaje cotidiano pueda mantener su utilidad descriptiva y explicativa a pesar de esta condición, se apoya en la visión hermenéutica enmarcada en el escenario postempirista conformado en los años sesenta.

La compatibilidad entre el uso científico y el cotidiano de categorías como la de *clase media* no sólo no es una limitación sino que constituye una condición de las ciencias sociales, e incluso una ventaja a la hora de posibilitar la reflexividad que una sociedad debe necesariamente tener para consigo misma. Ello no implica eliminar la distancia que separa a los términos teóricos de la realidad sino justamente asumirla plenamente y recuperar “un concepto de realidad no ingenuo” (Schuster, 2002: 54), superador de la idea de objeto controlable y limitado concebida por el empirismo positivista.

La ciencia social interpreta un mundo ya interpretado por los propios actores en función de sus valores, experiencias y percepciones. Ambas interpretaciones se encuentran recíprocamente condicionadas y enmarcadas en los límites de la comprensión que marca el lenguaje.

El término “Clase media” funda su legitimidad en la polisemia que ha adquirido (y sigue adquiriendo) en el uso científico y del sentido común. Su poder explicativo no residirá pues en criterios de verificabilidad de corte positivista sino en ese correlato empírico -aunque no estrictamente “observacional”- constituido por su propio uso.

Concebir al sujeto observador y al objeto de observación como dos dimensiones recíprocamente dependientes y globalmente incluidas en el mismo universo simbólico, conlleva a cierta imposibilidad de cumplir con los requisitos de verificabilidad que el naturalismo supo exigir a las ciencias y con ello a descartar el potencial descubrimiento de relaciones “necesarias” en el mundo social. Asumir entonces que en las ciencias sociales no hay evolución lineal, teleológica, es asumir que no hay “leyes sociales”, afirmación que puede provocar cierto escozor para quienes dedicamos nuestra vida a estas ciencias, pero que a la vez nos ubica en un escenario más desafiante para la comprensión de los comportamientos sociales y nos permite tomar más distancia del empirismo ingenuo aplicado a la estudio social.

Bibliografía

- Chartier, R. (1996): “Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin”, Buenos Aires: Manantial.
- De la Garza Toledo, E. (2001): “La epistemología crítica y el concepto de configuración: Alternativas a la estructura y función estándar de la teoría.”, Revista Mexicana de Sociología, disponible en la web: <http://docencia.izt.uam.mx/egt/publicaciones/articulos/index.htm>
- Foucault, M. (1986) “Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas”, México: Siglo XXI.
- Klimovsky (2001): “La inexplicable sociedad”, Buenos Aires: AZ Editora.
- Lulo, J. (2002): “La vía hermenéutica: las ciencias sociales entre la epistemología y la ontología”, en: Schuter (comp.) “*Filosofía y métodos de las Ciencias Sociales*”, Buenos Aires: Manantial.
- Ortiz Palacios, Luis (1999): “Acción, Significado y Estructura en la Teoría de A. Giddens”, en *Convergencia*, Revista de Ciencias Sociales, año 6 Nro. 20, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México.
- Schuster, F. (1990): “Términos teóricos y realidad en las ciencias sociales”, en *Doxa Cuadernos de Ciencias Sociales*, vol I, nro. 1.
- Schuter, F. (2002): “Filosofía y métodos de las Ciencias Sociales”, Buenos Aires: Manantial. (Introducción y Capítulo 1, “Del naturalismo al escenario postempirista”).